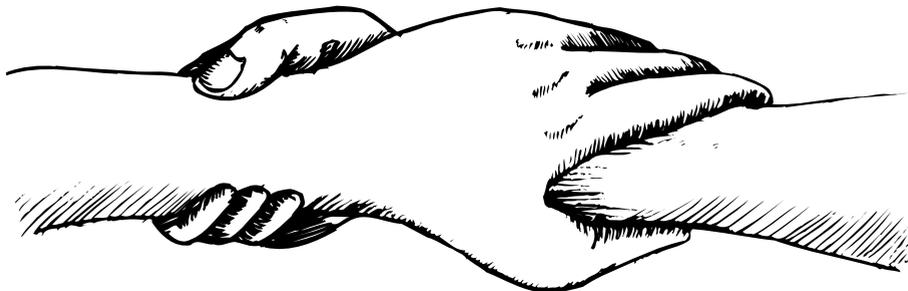


¿QUÉ COOPERACIÓN INTERNACIONAL PARA QUÉ DESARROLLO? UN PARADIGMA NEOCOLONIAL*

José Sánchez Parga**



El nuevo orden económico global además de transformar las posibilidades de desarrollo en una cuestionable e incierta “lucha contra la pobreza” en los países subdesarrollados, se ha servido de la ayuda y cooperación internacional para estos países del Tercer Mundo, con la finalidad de consolidar el modelo de acumulación capitalista. Esto no sólo ha repercutido en la inutilidad, ineficacia y defectuosa implementación de muchos proyectos de desarrollo y de programas sociales, sino que también ha contribuido al crecimiento de las desigualdades en dichos países.

The new global economic order, in addition to changing the possibilities

of development in underdeveloped countries in their “fight against poverty” has used international aide and cooperation for these Third World countries to consolidate the model of capitalist accumulation. This has not only produced useless, inefficient and defective implementation of development projects and socials programs, but has also contributed to a progressive inequity in those countries.

1. Introducción: una mutación de paradigma

El modelo de desarrollo capitalista hasta la década de los 80 se había reproducido, generando ciertos márgenes de distribución, permitiendo así que –por medio de un Estado re-

* Texto de la ponencia presentada al III Congreso Universidad, Cooperación y Desarrollo, Madrid, abril 2006.

** Docente de la Universidad Politécnica Salesiana, investigador del Centro Andino (CAAP), Quito.

distributivo y de la cooperación internacional— se pudieran acortar brechas entre países desarrollados y subdesarrollados; lo que a la larga pudiera beneficiar tanto a éstos como a aquéllos. Sin embargo, dicho modelo declina a inicios de la década de los 90, dando lugar a una nueva fase de desarrollo capitalista, basado en la concentración y acumulación de riqueza, que no sólo impide toda posible distribución (lo que sería contrario al modelo), sino que comporta una creciente inequidad y exclusión a nivel global. Desde entonces la “lucha contra la pobreza” (LCP) sustituye al paradigma del desarrollo, modificando las dinámicas, lógicas e incluso relaciones de la cooperación internacional.

También los Estados pierden no sólo la capacidad redistributiva, sino también su misma condición de *Estado social de derecho*, incapacitados, de una parte, para seguir garantizando los derechos sociales (de seguridad, salud y educación) para no competir con el mercado; y con esta finalidad, por otra parte, despojados de sus recursos tanto por la “modernización neoliberal” como por las “privatizaciones”, quedando así totalmente dependientes para sus políticas públicas y programas sociales de la cooperación internacional. En este contexto ha de entenderse toda una

serie de fenómenos muy problemáticos, concernientes a la cooperación internacional y al desarrollo en los países del *Tercer Mundo*.

2. Horrores y malentendidos del nuevo paradigma de la pobreza

La “*lucha contra la pobreza*” ha sido una suerte de engaño y fracaso anunciados, cuando se conoce el origen de su propuesta, cómo fue programada y divulgada por todo el mundo y en base a un colosal financiamiento por parte de los organismos internacionales de la cooperación, del Fondo Monetario Internacional (FMI) y del Banco Mundial (BM): como el nuevo modelo de desarrollo capitalista, concentrador y acumulador de riqueza, además de impedir todo posible desarrollo iba a generar un empobrecimiento global en todo el mundo, era necesario producir una ideología e implementar un programa que en parte encubriera dicho proceso de enriquecimiento y en parte atenuara el proceso de empobrecimiento. Siendo mucho más rentable destinar enormes sumas de dinero para encubrir y paliar el empobrecimiento que modificar el modelo global concentrador y acumulador de riqueza; lo que supondría poner en peligro el crecimiento econó-

¿Qué cooperación internacional, para qué desarrollo?

mico en el mundo. Sobre todo, cuando, bajo el actual modelo de desarrollo capitalista, *no hay crecimiento económico sin creciente inequidad*¹. Tres razones explican la perversión e ineficacia de la “lucha contra la pobreza”.

a) Responde a un falso presupuesto: como todo el mundo lucha contra la pobreza nadie hace nada para evitarla, sobre todo cuando se sabe que la única manera de evitar la pobreza es la mejor distribución de la riqueza. Es como la lucha contra la polución del alcalde de Quito, sabe como evitarla (controlando los tubos de escape de los vehículos públicos), pero no puede porque no quiere (o no quiere porque no puede) enfrentarse con los poderosos sindicatos del transporte público. Las críticas al concepto de pobreza y de *lucha contra la pobreza*, así como los cuestionamientos formulados en torno a la *economía de la pobreza* han sido hasta ahora insuficientes para impedir que el programa de la *lucha contra la*

pobreza siga siendo el fundamento y objetivo que resume toda la ayuda de la cooperación internacional para el desarrollo de los países del *Tercer Mundo*².

b) En consecuencia de lo anterior, todos los proyectos y planes de “lucha contra la pobreza” han tenido una seria dificultad para traducirse en programas y actividades realistas, útiles y eficaces, siendo por ello todavía mucho más difícil evaluar sus efectos a partir de objetivos y términos de referencia concretos, medibles o estimables. Más bien ha ocurrido todo lo contrario: cuando se combina la indefinición de objetivos y la vaguedad de metas, las que propicia el general postulado de *lucha contra la pobreza*, con las *externalidades* ideológico administrativas (tratadas más adelante), “la indefinición de los objetivos de estos dones y préstamos es suficientemente porosa como para dejar libre curso a múltiples manipulaciones estadísticas. De hecho las principales actividades

1 Cfr. J. Sánchez Parga, “Sin (creciente) desigualdad no hay crecimiento económico”, *Socialismo y participación*, n. 99, marzo 2005.

2 Sobre este tema puede consultarse Francois Houtart, “Cómo se construyen la pobreza y sus discursos”, *Ecuador Debate*, n. 51, diciembre 2002; J. Sánchez Parga, “Dispensar la pobreza desde la exclusión”, *Ecuador Debate*, n. 51, diciembre 2001.

financiadas están muy lejos de las necesidades prioritarias de la población”³. Según el informe de la *Country Assistent Strategy* (CAS, 23.04.2003) tales proyectos consiguen “mitigar la pobreza”; lo que en términos más particulares y concretos confirma cualquier proyecto de desarrollo, como el de la Cooperación Suiza durante 5 años en cantones del sur del Ecuador; cuya evaluación concluye que “se ha frenado el empobrecimiento al menos por algunos años”. En lo que coincide el informe de la CEPAL: “la poca eficacia de las políticas de desarrollo para combatir la pobreza”⁴.

- c) Además de ello, la “LCP” es ideológicamente perversa, ya que identifica como pobres a sus destinatarios y beneficiarios, despojándolos de sus otras identidades sociales; no sólo los descuidan, precarizándolos civilmente, sino que, además, fomenta en ellos una cultura mendicante y asistencialista. En tal sentido la “LCP” contribuye a reforzar el inconsciente neocolonialista, uno de cuyos efectos es el síndrome migratorio.

En conclusión, la mejor cooperación internacional de “LCP” sería aquella, que garantiza una mayor distribución de la riqueza no sólo en el mundo sino también en los mismos países subdesarrollados, procurando una distribución más equitativa de los ingresos, al mismo tiempo que promueve una mayor participación de la población involucrada en la equidad de dicha distribución.

3. Condicionamientos, distorsiones y defectos de la cooperación internacional

Los *condicionamientos políticos* de la cooperación internacional, de manera más o menos coercitiva, se ejercen tanto a nivel global (FMI y WB sobre la UE, p. ej.) como entre Estados desarrollados cooperantes y subdesarrollados (UE y Am. Lat.). Nada expresa mejor los condicionamientos políticos de la Cooperación Internacional para el desarrollo, que las declaraciones del mismísimo Comisario para la Cooperación y del Desarrollo de la Unión Europea, Louis

3 Damien Millet, Eric Toussaint, “*Les faux-semblants de l’aide au développement*”, *Le Monde Diplomatique*, julio 2005.

4 Dorian Garay, “La cooperación internacional y la pobreza en América Latina a inicios del 2000”, en ALOP, *Mito y realidad de la ayuda Externa. América Latina al 2001*, ALOP / Ayuda en Acción, Lima, 2000.

¿Qué cooperación internacional, para qué desarrollo?

Michel, en el Congreso Internacional sobre *Seguridad y Cooperación*, Bonn septiembre 2005, donde confesando su pesimismo de regreso de la Cumbre Mundial de las NNUU en septiembre, declaraba que en cuanto Comisario de la UE, contribuyente con más del 50% de toda la cooperación al desarrollo en el mundo, no podría llevar a cabo un proyecto de cooperación justificado por razones políticas y de desarrollo si el FMI no era favorable.

No los mismos, pero constreñimientos análogos van a ejercer todos los países europeos en sus proyectos y programas de cooperación al desarrollo. Son ya muchos los estudios realizados y publicados, que ponen de manifiesto el tipo de relaciones ocultas, que norman las políticas de ayuda de los países de la UE con el *Tercer Mundo*. Se dispone de una información muy nutrida e ilustrativa sobre las “inducciones” o “coacciones” políticas e ideológicas, más o menos rígidas y suaves ejercidas por los países europeos en su ayuda al desarrollo. Sin embargo, nada parece

cambiar en el horizonte de esta cooperación internacional⁵.

Más perjudiciales que los condicionamientos políticos son las *determinaciones económicas* impuestas por la ayuda internacional al desarrollo de los países pobres. Se trata siempre de condicionantes fuertemente articulados a directivas de orden político, que promueven el desarrollo del mercado, de los sectores privados de la economía y de determinados planteamientos y postulados del FMI y del Banco Mundial (y esto según el Informe de la CAD – OCDE, 2000; cfr. Dorian Garay, 2000). Lo cual significa que gran parte de la ayuda al desarrollo tiende a

No los mismos, pero
constreñimientos análogos
van a ejercer todos
los países europeos
en sus proyectos y
programas de cooperación
al desarrollo.

5 Dos obras fundamentales son muy representativas de esta problemática: Sophia Mappa, “L'injonction démocratique dans les politiques européennes de développement”, en Sophia Mappa (ed.), *Développer par la démocratie? Injonctions occidentales et exigences planétaires*, Karthala, Paris, 1995; Gordon Crawford, “Promoting Democratic Governance in the South”, en *The European Journal of Development Research*, vol. 12, n.1, junio 2000.

beneficiar más bien la acumulación y concentración de riqueza, y por consiguiente las desigualdades que a fomentar la distribución y frenar el empobrecimiento. Por ello tanto EE.UU. como la UE incluso en su cooperación protegen una agenda más vinculada a sus intereses que eficaz y realista en términos de ayudar al desarrollo de los países supuestamente beneficiarios⁶.

Uno de los ejemplos más recientes es la medida adoptada por los Ministros de Finanzas del G 7 (Londres, 11 junio 2005), concerniente a la anulación de la deuda multilateral de 18 países pobres más endeudados, pero que se encuentra condicionada por la implementación de un programa de no menos de cuatro años de medidas neoliberales como son la apertura de los mercados en beneficio de empresas transnacionales, privatizaciones, liberalización de la economía, aumento de la fiscalidad indirecta (TVA) y comercialización de la educación y la salud; en definitiva medidas todas que lejos de beneficiar van a empobrecer aún más dichos países.

La ayuda y cooperación internacional al desarrollo tendría que transparentarse con mucha mayor

sinceridad en sus términos estrictamente económicos, ya que al estar tanto los dones como los préstamos articulados a la deuda externa de los países que reciben dicha ayuda pública al desarrollo (APD), ésta resulta profundamente generadora de endeudamiento y “consecuentemente, los reembolsos que engendra provocan una hemorragia de capitales para los países del Sur” hasta el punto que entre 1996 y 2003 “los países subdesarrollados han rembolsado 31 mil millones de dólares más de lo que han recibido en nuevos préstamos”⁷. Por consiguiente, según estos cálculos, los países donantes se enriquecen a costa de quienes pretenden ayudar” (D. Millet, E. Toussaint, o.c.).

Estas contradicciones de las políticas macroeconómicas de la cooperación internacional se reproducen con las mismas perversidades al nivel de los programas microeconómicos de la misma cooperación internacional, la cual, por ejemplo ayuda financieramente a Bancos y organismos financieros del *Tercer Mundo*, cuyos costos de operación y de intereses son ocho veces más caros (50% en dólares) que si fueran directamente a las Cooperativas de producción, ahorro y crédito de los mismos países.

6 Cfr. Jeffrey Sachs, *A New Global Consensus on Helping the Poorest of the Poor*, Washington, 2000.

7 Banco Mundial, *Global Development Finance 2004*, Washington, 2004.

¿Qué cooperación internacional, para qué desarrollo?

Si bien los condicionamientos políticos de la cooperación internacional se comprenden, se llegan a aceptar y hasta se legitiman en la medida que son inevitables, menos se justifican ciertas *externalidades* de los proyectos de desarrollo y programas sociales de la cooperación internacional, que son cada vez mayores, más ideológicos, más constringentes, generadores de ineficacia y con peores resultados contraproducentes.

Estas *externalidades* en el argot de la cooperación internacional son denominadas “componentes transversales” de todos los programas y actividades; aunque en realidad se trata de “transversalidades ideológicas”, que deben penetrar todos los programas y actividades planificadas, pero que en realidad tienden a distorsionarlos, confundirlos y sobre todo reducir su real eficacia. Es obvio que cuando faltan objetivos claros y una mínima razón de utilidad de los proyectos y programas de cooperación y desarrollo, estos se vuelven mucho más susceptibles de cualquier tipo de *externalidad*.

Los cuatro “componentes programáticos” (participación, organización, capacitación e investigación o sistematización), que procuraban

una mayor racionalidad y articulación a los proyectos y actividades de desarrollo con los sectores destinatarios y beneficiarios, les servían de soporte y reforzaban su eficacia, aparecen actualmente sustituidos por los llamados “componentes transversales”, simples dispositivos ideológicos, que contribuyen a separar los programas de desarrollo y de promoción social de sus actividades y efectiva ejecución, y más aún distanciarlos de las reales condiciones de sus beneficiarios.

En una época fue el “género” o la “ecología”; poco importaba cuales fueran los contenidos y objetivos de dichos programas o el medio socio-cultural en el que se implementaban. Por ejemplo, los programas con “componente de género” tuvieron efectos devastadores en las familias y comunidades campesinas indígenas. Precisamente cuando las comunidades habían entrado en un proceso de *descomunización* y las familias se desintegraban los “programas de género” separaban hombres y mujeres y aislaban las esposas de sus maridos⁸. Actualmente, las consignas dominantes son “governabilidad”, “interculturalidad”, “sustentabilidad”, “lo local”. De nuevo, poco importa

8 Cfr. J. Sánchez Parga, *Crisis en torno al Quilotoa. Mujer, cultura y comunidad*, CAAP, Quito, 2003.

cómo se entienden tales ideas, y todavía mucho menos que se desconozcan las intenciones, intereses y automatismos ideológicos que se ocultan bajo ellas. El imperativo es que la gobernabilidad, la interculturalidad, la sustentabilidad, lo local, etc., estén presentes en los programas y actividades planificados para el desarrollo y la ayuda social, aunque nada tengan que ver con dichos idearios. Lo que se complica aún más, al deber ser objeto específico de las evaluaciones.

A legitimar estos equívocos ideológicos, contribuyendo incluso a reforzarlos, se prestan con frecuencia las Universidades e Institutos de Investigación, de manera más o menos inconsciente e irresponsable, haciendo consultorías, estudios de *expertos* o investigaciones de sistematización o evaluación, para lo cual obtienen recursos que de otra manera no conseguirían.

Peor todavía que las *externalidades ideológicas* son aquellas producto de intereses muy concretos, particulares y privados de la misma cooperación extranjera, puesto que dan lugar a proyectos y programas, que no responden a ningún interés ni necesidades reales, y que por consiguiente tienen una muy limitada eficacia en el mejor de los casos. Ejemplos de este fenómeno son tan numerosos y variados como pintorescos. Una voluntaria “gringa” de un

programa de cooperación europeo, que ignora el quichua y habla mal el castellano enseña a las mujeres indígenas el sentido de sus fiestas religiosas y ceremoniales tradicionales. Otro es el caso de un proyecto de cooperación de un país centroeuropeo, que promueve la *ciudadanía emocional entre los jóvenes* en varios países latinoamericanos, coordinado por un sociólogo con una supuesta “formación psicoanalítica”. Lo peor no es que esto ocurra, sino que la incoherencia y el fracaso de tales proyectos sean perfectamente conocidos y reconocidos por las administraciones de la cooperación del país extranjero, pero no puedan o no quieran hacer nada para que todo esto no deje de seguir ocurriendo.

Una de las consecuencias de que “las actividades financiadas estén muy distantes de las prioritarias necesidades de la población” (D. Millet & E. Toussaint, o.c.) es la falta de participación de los grupos o sectores destinatarios y supuestamente beneficiarios de dichos proyectos de desarrollo y programas sociales; por la simple razón que estos lejos de ser definidos, diseñados, programados e implementados con una u otra forma de participación de las poblaciones involucradas, ni siquiera compartieron o tuvieron en cuenta sus reales condiciones y estrategias de vida, quedando así marginales respecto de éstas.

¿Qué cooperación internacional, para qué desarrollo?

Esta casuística no es más que una muestra de cómo y por dónde se puede dilapidar y derrochar cantidades de recursos y de dinero de la cooperación internacional al desarrollo. Este despilfarro en proyectos absurdos y programas inútiles, mal concebidos, peor administrados y ejecutados tienen un triple efecto perverso: en primer lugar no benefician a quienes más bien deberían beneficiar; en segundo lugar enriquecen a quienes más bien deberían ser agentes de una real y eficaz ayuda al desarrollo, y en tercer lugar, siguen engañando a los ciudadanos e instituciones contribuyentes de los países donantes-ricos, a quienes se les pide mayor *cantidad* de dinero para la cooperación y el desarrollo, sin garantizarles la *calidad* de dicha cooperación y de dicho desarrollo. Esta denuncia ha sido ya planteada en la Conferencia de Bonn de septiembre de 2005, pero suscitó gran desinterés; éste obviamente muy interesado por las mismas administraciones de la cooperación internacional, cuya rendición de cuentas no parece comprometer muchas res-

ponsabilidades. Como si, a diferencia de otros sectores públicos, la ayuda y cooperación al desarrollo, la lucha contra la pobreza y cualquier programa social para el *Tercer Mundo* justificaran los errores, las ineficiencias y los abusos.

Las empresas consultoras absorben una buena proporción de los recursos bajo concepto de utilidades, siendo el gasto total de la cooperación destinado a cubrir los costos del personal europeo superior al 26%⁹.

Este fenómeno se halla atrapado además por un círculo vicioso: sin una clara *razón de utilidad*, como cada vez se sabe menos qué hacer para luchar contra el supuesto subdesarrollo y la supuesta pobreza, y cómo se debe emplear eficazmente el dinero, cuanto mayores son los recursos más fácilmente se dilapidan. Esto explica que en los últimos años la corrupción se haya institucionalizado y enquistado en los intersticios administrativos de la cooperación internacional, y que en torno a los organismos de cooperación y desarrollo hayan crecido las llamadas “burocracias privilegiadas” y “afortunadas”.

9 Cfr. Mariano Valderrama, “La nueva política de cooperación al desarrollo de la Comunidad Europea”, en Dorian Garay, 2001: 43ss. Es frecuente que misiones de evaluación de los proyectos de la UE tengan que recurrir a traductores, ya que desconocen el castellano, pero sobre todo desconocen países a los que vienen por primera vez. En tales condiciones es obligado preguntarse cuáles son sus capacidades de evaluación.

Hasta la década de los 80, el Estado era capaz de diseñar y producir sus propias políticas públicas e implementar sus programas sociales.

Todo lo relativo a los excesivos costos y despilfarros de la cooperación internacional tiene mucho que ver con la ineficacia administrativa y se encuentran muy atravesado por un serio problema de transparencia financiera y de la información sobre proyectos y actividades ejecutadas, composición de los gastos y resultados de las evaluaciones. Pero mientras que la cooperación internacional se permite gastos suntuosos, muestra rigorismos calvinistas respecto de las máximas transparencias o simples sospechas de corrupción.

Sin llegar a los niveles alcanzados por la cooperación norteamericana, los organismos, políticas, proyectos y programas de la cooperación internacional tienden a reproducir una nueva forma de *colonialismo suave*, muy “light”, pero no por ello menos devastador.

Hasta la década de los 80, el Estado era capaz de diseñar y producir sus propias *políticas públicas* e implementar sus *programas sociales*. Pero en la década de los 90, la llamada “modernización del Estado” lo desmanteló por completo en todos sus organismos y aparatos; más que desgrasarlo burocráticamente lo desangró despojándolo de sus mejores técnicos, de su *know how* acumulado durante las últimas décadas; las privatizaciones lo desposeyeron de todos sus recursos, y finalmente la descentralización minó aún más tanto sus capacidades como sus responsabilidades distributivas. Las consecuencias de este cambio son más que obvias: antes la cooperación internacional se enmarcaba en las políticas de desarrollo nacional y apoyaba sus programas sociales, en la actualidad los gobiernos democráticos no sólo no tienen que gobernar sino que más bien son externamente gobernados: mientras que el FMI, el Banco Mundial, la OMC, el BID, etc., dictan y gobiernan sus políticas económicas, también estos organismos junto con la cooperación internacional son los únicos en financiar los proyectos y programas de desarrollo y de “LCP”: ellos deciden qué hacer, con qué medios, en qué lugares, para qué destinatarios, cómo se ejecutan y se evalúan y cuándo concluyen.

¿Qué cooperación internacional, para qué desarrollo?

Todo ello contribuye a que los Estados y gobiernos democráticos tan impotentes e inútiles queden además totalmente deslegitimados. Lo cual explica que sean tan fuerte y frecuentemente impugnados, y fácilmente derrocados, si no es que no se caen por su propio peso.

Al quedar desmantelado el Estado de Bienestar, los organismos de la cooperación internacional y las ONG's nacionales se han convertido en aparatos de una burocracia económicamente privilegiada, y en torno a la cual gira toda una galaxia de expertos y consultores, que obtienen elevados beneficios de la cooperación internacional; y que en lugar de desempeñar una función crítica y propositiva, se limitan a responder a intereses económico-administrativos de los organismos nacionales e internacionales¹⁰.

El *síndrome administrativo* no es exclusivo de los países del Tercer Mundo ni tampoco del sector de la cooperación y el desarrollo, pero se manifiesta de manera mucho más

evidente e influyente en los países subdesarrollados y en el específico ámbito de la cooperación y el desarrollo por un factor obvio: la *racionalidad administrativa* entre otras características es siempre inversamente proporcional a la *razón de utilidad y la razón de eficacia*. Cuando la *racionalidad administrativa* es trasladada por la cooperación internacional a los organismos, proyectos y programas de desarrollo y ayuda a la “lucha contra la pobreza”; además de provocar efectos tan surrealistas como contraproducentes generan una confusión todo ello equivalente a la limitada ineficacia de proyectos y programas, que el aparato y procedimientos administrativos tienden a encubrir y compensar.

Nada cuestiona más los costos de la cooperación internacional y de su irracionalidad administrativa como las tasas de ineficiencia, medida por la brecha entre los fondos asignados para los diversos programas y países y lo realmente ejecutado. Baste para muestra un ejemplo reciente: uno de

10 En 1995 el director de un organismo internacional solicitó un estudio sobre el número y pobreza de la población indígena del Ecuador, con la finalidad de mejor definir los programas de desarrollo de dicho sector. Cuando conoció los resultados preliminares del estudio, que arrojaba una cifra de población muy inferior de la que se suponía, se alarmó de que pudiera peligrar el financiamiento extranjero de dicho programa. El estudio fue publicado un año después, pero por otra institución académica y de desarrollo: el Centro Andino de Acción Popular (CAAP).

los proyectos más millonarios destinado al desarrollo fronterizo tras la firma de la paz entre Perú y Ecuador, después de 5 años, sólo se ejecutó menos del 20% debido a incompetencias e incapacidades operativas.

Cuando la elaboración de los proyectos y la planificación de los programas y ejecución de actividades se hacen con paradigmas, parámetros y términos de referencia exteriores al ámbito de su realización, extranjeros al país y el medio, resultan un fenómeno muy singular: todo se hace y se aplica no en referencia a los destinatarios y beneficiarios de los proyectos y programas, respecto de los cuales no hay, o no se asume, responsabilidad ni compromiso algunos, sino respecto de quienes son los sujetos de “rendición de cuentas”.

Todo esto explica que también en América Latina haya comenzado a cundir una *africanización* más o menos subconsciente de la cooperación internacional. La cual, al africanizar sus relaciones con los países subdesarrollados y con los sectores que en ellos trabaja en programas sociales, se convierte en cómplice de proyectos y acciones inútiles pero que “siempre dejan algo y sobre todo contribuyen a

mantener las buenas relaciones”, “no vale nada pero algo queda”, como se dice en los países africanos¹¹.

4. ¿Ha sido siempre colonialista la cooperación internacional?

Mientras que la cooperación internacional para el desarrollo estuvo enmarcada por un modelo capitalista de *producción distributiva* de riqueza, las posibilidades de un relativo pero real y efectivo desarrollo permitieron en parte atenuar y en parte encubrir las relaciones colonizadoras de la cooperación internacional; poniendo más bien en evidencia su *función redistributiva*. Sin embargo, el nuevo modelo de modernización del capital, concentrador y acumulador de riqueza, impide que la cooperación internacional actúe como una política y un instrumento de real distribución, y por consiguiente impide también que dicha cooperación internacional con sus programas y actividades tenga efectos reales en el desarrollo de los países subdesarrollados.

Por esta razón, la cooperación internacional al convertirse en un instrumento del nuevo modelo de mo-

11 Tras cometer algunas torpezas que le enemistaron con los medios de las ONG's de desarrollo en Ecuador, el delegado de la cooperación de un país europeo fue destinado a un país africano.

¿Qué cooperación internacional, para qué desarrollo?

dernización del capital no sólo opera en términos colonizadores, sino que además para encubrir y compensar la ineficacia de sus políticas, programas y actividades de desarrollo pone más bien de manifiesto sus reales relaciones colonialistas. En este sentido, es percibida cada vez más y con mayor visibilidad en sus dispositivos y operaciones colonialistas por parte de los países supuestamente destinatarios y beneficiarios de una cooperación, que cada vez tiene menos efectos reales en el desarrollo.

Pero hay algo más. Tales prácticas y procesos colonizadores tienden a internalizarse en los organismos, instituciones y agentes de la cooperación internacional desarrollando una mentalidad y comportamientos colonialistas, que se han ido volviendo cada vez más generalizados y arraigados. Del acerbo de ejemplos que se pueden aducir algunos son extremadamente ilustrativos. El caso de una ministra belga, de entre las mejores colaboradoras del actual gobierno, resulta muy significativo. En reciente visita al Congo, en su capital Kinshasa, a donde fue acompañada de una numerosa comitiva

muy nutrida de periodistas y fotógrafos, y después de tres días pasados entre el hotel de lujo y la embajada, dijo en el discurso conclusivo de su misión “*haber ya comprendido la mentalidad de la mujer africana*”. Lo revelador de esta declaración no reside tanto en la presunción intelectual de la señora ministra cuanto en la mentalidad colonialista, que supone reducir la inmensa diversidad de las mujeres y países africanos a su breve experiencia congoleña. Así es como piensa y como opera demasiado frecuentemente la cooperación internacional.

Pero esta mentalidad y comportamientos colonialistas no se expresan únicamente en las personas, sino que está también presente y con peores consecuencias en las instituciones y procedimientos administrativos. El ejemplo es tan conocido que puede ser nombrado. El Banco Solidario en Ecuador, recibe colosales sumas de dinero de la cooperación internacional (financiado por más de 30 instituciones extranjeras) para sus créditos con intereses superiores al 40% en dólares y con garantías de pago¹². Cuando son muchas las coo-

12 Las tasas de interés son del 12% al 13 %, lo cual supone un 30% anual de comisiones. Mientras que las comisiones de las cooperativas o de ONG's, que no reciben una tal ayuda financiera internacional, son del 6% anual.

perativas y ONG's en el país, que sin una tal ayuda de la cooperación internacional y sin exigencias de garantías, operan con créditos inferiores al 20% de interés¹³.

Este ejemplo muestra cómo está ocurriendo un fenómeno muy singular: Por una suerte de correa de transmisión o de automatismos miméticos, la mentalidad colonialista de la cooperación internacional se traslada hacia las agencias, aparatos y funcionarios, que la mediatizan o la ponen en práctica al interior de los países beneficiarios de dicha ayuda. De esta manera, el colonialismo de la cooperación internacional se internaliza en las sociedades subdesarrolladas, reproduciendo a su interior y a pequeña escala las relaciones coloniales de explotación y dominación, y obviamente de crecientes desigualdades. Lo que además tiene un curioso efecto terminal: las relaciones colonialistas “internas” tienden a encubrir o disimular la “externalidad” de las estructuras y procedimientos colonialistas de la cooperación internacional; impiendo reconocer que son éstas las que provocan aquellas.

5. Conclusión

El papel de las Universidades, sobre todo las que cuentan con espacios o programas académicos orientados al desarrollo, debería consistir en mantener posiciones críticas y propositivas respecto a la doble problemática del desarrollo y la cooperación. De la misma manera que los proyectos y programas de desarrollo deberían buscar y encontrar en las Universidades muchos recursos académicos y científicos, que podrían ayudar a una mejor y más eficaz implementación de dichos proyectos y programas.

Esto implica clarificar uno de los peores malentendidos que distancian la Universidad de los organismos y actividades de desarrollo, y que incluso pueden llegar a envenenar sus relaciones: se trata del ideológico reproche u objeción de separar *teoría* y *práctica*. Mientras que a la Universidad cabe sostener que una práctica sin teoría es una práctica ideológica, que lejos de tratar eficazmente o resolver los problemas planteados y de cambiar la realidad, contribuye más bien, aun sin saberlo ni quererlo, a re-

¹³ Para un desarrollo muy caleidoscópico del colonialismo de la cooperación internacional cfr. Javier Ponce, *Sentado entre dos sillas. Historias de un malpensante sobre la cooperación al desarrollo*, Planeta, Quito.

¿Qué cooperación internacional, para qué desarrollo?

forzar los automatismos y mecanismos (fuerzas e intereses), que han producido tal problema y realidad; de otro lado a los organismos e instituciones de desarrollo compete criticar a la Universidad de no ocuparse (o no hacerlo suficientemente) en sus estudios e investigaciones o programas académicos de aquellos temas y asun-

tos concernientes al desarrollo y los programas sociales, que lleva a cabo la cooperación internacional.

La Universidad, sin embargo, deberá evitar la pérdida de su especificidad académica y científica, dedicándose al desarrollo y compitiendo con los organismos especializados para este fin.

Referencias bibliográficas

BANCO MUNDIAL

2000 *World Development Report 2000/2001: Attacking Poverty*, Washington .

2004 *Global Development Finance 2004*, Washington.

CRAWFORD, G.

2000 “Promoting Democratic Governance in the South”, en *The European Journal of Development Research*, vol. 12, n. 1, juin.

GARAY, D.

2000 “La cooperación internacional y la pobreza en América Latina a inicios del 2000”, en ALOP, *Mito y realidad de la ayuda externa. América Latina al 2001*, Ayuda en Acción, Lima. pp.11-16.

HOUTART, F.

2002 “Como se construyen la pobreza y sus discursos”, *Ecuador Debate*, n. 51, diciembre, p.

MAPPA, S.

1995 “L’injonction démocratique dans les politiques européennes de développement”, en S, Mappa (ed.). *Développer par la démocratie? Injonctions occidentales et exigéances planétaires*, Karthala, Paris.

MILLET, D., TOUSSAINT, E.

2005 “Les faux-semblants de l’aide au développement”, *Le Monde Diplomatique*, julio.

PONCE, Javier

2004 *Sentado entre dos sillas. Historias de un malpensante sobre la cooperación al desarrollo*, Planeta, Quito.

SACHS, J.

2000 *A New Global Consensus on Helping the Poorest of the Poor*, Washington, abril.

SANCHEZ PARGA, J.

2002 “Despensar la pobreza desde la exclusión”, *Ecuador Debate*, n.51, diciembre, p.

2003 *Crisis en torno al Quilotoa. Mujer, cultura y comunidad*, CAAP, Quito

2005 “Sin (creciente) inequidad no hay crecimiento económico”, *Socialismo y Participación*, n. 99, marzo, pp. 11-27.

VALDERRAMA, M.

2001 “La nueva política de cooperación al desarrollo de la Comunidad Europea”, en ALOP, *Mito y Realidad de la ayuda Externa. América Latina al 2001*, Ayuda en Acción, Lima. pp. 41-50.